

LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA ACTUAL: NECESIDAD DE REPLANTEAR SU MISIÓN

Por
VICTOR MORLES,
Centro de Estudios e Investigaciones sobre Educación Avanzada (CEISEA),
Coordinación Central de Estudios de Postgrado,
Universidad Central de Venezuela, Caracas.

RESUMEN

El presente trabajo es un estudio crítico de las funciones que ha cumplido y cumple la Universidad en cuanto institución social de altos estudios, como base para inferir lo que debe ser su nueva misión a la luz tanto de las tendencias que dominan el mundo como de una teorización sobre los conceptos de producción intelectual y educación avanzada. Al efecto se presenta un panorama de la evolución de esta institución, desde sus orígenes medievales y sus antecedentes más remotos hasta hoy, con lo cual se identifican los cinco modelos o paradigmas de universidad que han predominado a través de la historia: la docente, la científica, la pragmática, la productiva y la crítica. Se confronta el modelo hoy dominante de universidad con cuatro planteamientos centrales: (a) el escenario mundial de corto y mediano plazo (globalización, tecnificación de la sociedad, alienación del ser humano, economía de mercado, degradación ambiental y crisis del sistema de valores), (b) con la probable evolución hacia una sociedad signada por el conocimiento como poder, (c) con las restricciones derivadas de la historia y, (d) con la necesidad de racionalizar los recursos. Todo lo cual conduce a la conclusión de que es necesario no solamente reformar la educación superior, como plantean enfoques reformistas dirigidos por el Banco Mundial, la Unesco y algunos sectores académicos, sino que es preciso transformarla, comenzando por un replanteamiento de su misión. En este sentido se propone, y se presenta la argumentación correspondiente, una reformulación de las tres funciones de la universidad hoy dominante (docencia, investigación y extensión) de manera que se expresen mediante tres nuevos conceptos: (a) educación superior (profesional, de postgrado y avanzada continua); (b) producción intelectual (científica, técnica y humanística); y (c) interacción, o acción, social (extensión, cooperación y comunicación).

Palabras clave: universidad, educacion superior, america latina

1. INTRODUCCION

La universidad actual, particularmente la de América Latina, se enfrenta a retos muy grandes, hasta el punto de que de ella se puede decir, como de otros seres vivientes, que es una especie valiosa en peligro de extinción. Hasta hoy esta institución ha sido la casa de estudios de mayor valor y prestigio, pero su pertinencia social es cada vez más cuestionada. Esto explica la aparición en todo el planeta, sobre todo en los países del Tercer Mundo, de diversos movimientos tratando de reformarla o transformarla. El primero y más fuerte de ellos es el enfoque economicista liderado por el Banco Mundial (1997), el cual se concreta en fuertes presiones sobre los gobiernos de los países periféricos para que reduzcan el financiamiento estatal a la educación superior, bajo el argumento de que la misma no responde a las demandas del mercado. Un segundo movimiento, de carácter más humanista y dirigido por la Unesco (1996), sostiene la importancia estratégica de la educación superior para el desarrollo económico y social, pero sus propuestas se reducen a reformas parciales dirigidas a mejorar, como expresan sus más recientes documentos, “la calidad, la pertinencia, la gestión, el financiamiento y el uso de nuevas tecnologías educacionales”, sin cuestionar la misión actual de la educación en sus niveles más altos. El tercer movimiento --de carácter crítico-- surge de sectores académicos insatisfechos con la universidad actual, pero el mismo no ha logrado superar el nivel de simple autocrítica y cuestionamiento de la realidad

existente, sin que haya sido capaz hasta el presente de producir una solución viable para la problemática que confronta esta casa de estudios. ¿Qué hacer? Mi respuesta es que comencemos seriamente por el principio. Que empecemos por preguntarnos no solamente qué tenemos y hacia dónde vamos sino, sobre todo, qué queremos como Nueva Universidad: cuál debe ser su misión, es decir, sus fines y funciones en el mundo dinámico y complejo de hoy y del futuro cercano.

Desde luego, la respuesta a la interrogante no es sencilla, porque ella tiene que ser resultado de muchos estudios, reflexiones y consensos, es decir, una comprensión totalizante de lo que vive la humanidad, de algunas ideas claras sobre un proyecto de sociedad posible y deseable, y de definir la misión que, en consecuencia, debe asumir nuestra casa de estudios. Los demás componentes de una reforma universitaria (las políticas, organización, procesos pedagógicos, administración, financiamiento y evaluación) constituyen, para utilizar una expresión popular, trabajo muy importante pero de carpintería. Para comprender mejor el problema esencial que nos compete y lograr propuestas aceptables es preciso, entonces, ver la Universidad como ente histórico, estudiar su situación actual y las tendencias dominantes en el mundo, y entender, sin caer en idealismo abstracto, que no todo es caos e incertidumbre y que algunos futuros se pueden construir.

Vamos a intentar una primera aproximación al problema.

2. UN POCO DE HISTORIA

Es bien sabido que la universidad, en su concepción actual predominante, es producto de la evolución de las instituciones de educación superior que en Europa Occidental --principalmente en Salerno, Bolonia, París, Oxford, Cambridge y Salamanca-- aparecieron durante la Edad Media. Pero sus antecedentes se remontan a los famosos centros de altos estudios que existieron en la antigüedad, en Asia y Africa y en la misma Europa. Recordadas son al respecto la academia de Platón, el liceo de Aristóteles, la Biblioteca de Alejandría, las academias judías y las escuelas para funcionarios que mantenían los emperadores chinos e hindúes en tiempos remotos, así como las de Derecho creadas durante el Imperio Romano. Y no hay que olvidar que en su estructuración influyeron, también, el tipo de enseñanza de las escuelas catedralicias y el sistema de entrenamiento artesanal surgido en el Medioevo.

Pero desde sus inicios la universidad se diferenció de esas instituciones por su carácter amplio y democrático --comunidad autogobernada de estudiantes y maestros--, por su énfasis en el estudio racional de las disciplinas, por la diversidad de carreras que la integraban, y por otorgar títulos (profesionales y docentes) a quienes culminaban satisfactoriamente sus estudios. Este Studium generale o universale --nombre inicial de la escuela medieval de estudios superiores--, con cuya denominación se daba a entender su condición de casa abierta a todos cuantos desearan estudiar o enseñar, se consolida poco a poco a través de los siglos y asume posteriormente la denominación de Universitas --más exactamente Universitas Magistrorum et Scholarium--, con lo cual se expresaba su cualidad de corporación o gremio (de estudiantes y maestros) y, posteriormente, su carácter de universalidad. En los primeros siglos su prestigio crece y los poderes constituidos del Estado y la Iglesia, interesados en su control y orientación, van progresivamente concediéndole ayuda económica y privilegios sociales a cambio de poder designar sus autoridades y docentes. Y es así como las universidades que se crean en siglos posteriores a las primeras son obra total o parcial de la voluntad del Papa, de reyes o emperadores, en las cuales poco a poco se va perdiendo la autonomía y el modo racional de mirar el mundo. La enseñanza universitaria se hace dogmática: se fomenta la discusión, pero la argumentación debe estar sustentada no en la experiencia o la razón sino en lo dicho por las Sagradas Escrituras o las autoridades aceptadas por la Iglesia. Por esto los pensadores humanistas del Renacimiento no se forman en la universidad sino a veces en contra de ella. Todavía en el siglo XVII en Inglaterra--dice Rashdall (1936)-- un doctor en medicina que expresase públicamente alguna posición contradictoria con escritos de Aristóteles o de las Sagradas Escrituras, era inevitablemente acusado por el Colegio de Médicos y condenado a prisión por las autoridades.

De cualquier manera, la universidad se fue desarrollando paulatinamente --con sus naturales contradicciones, como toda institución social-- por efecto de necesidades sociales concretas y de las luchas entre los sectores sociales más poderosos de la época: la Iglesia, el Estado y la burguesía emergente. Ella no nació para crear ciencia o cultura, sino para conservar el saber establecido y formar profesionales y funcionarios en áreas indispensables para el sistema feudal dominante; pero, principalmente, para dar cierta cultura general --mediante la Facultad de Artes-- a jóvenes de la baja nobleza y de la burguesía en ascenso. Por mucho tiempo, sin embargo, la universidad constituyó el centro del saber más alto, y por eso se le considera como la mayor creación intelectual de la Edad Media. De todas maneras ella fue y continúa siendo centro de los conflictos intelectuales más complejos de la sociedad, incitadora de la crítica al saber constituido, promotora de los saberes nuevos. Hacia ello tiende y debe tender toda institución considerada como universidad, y un paso importante es la creación en Alemania, durante el siglo XVIII y por influencia de la Ilustración y del emergente proceso de industrialización, de la llamada universidad moderna, la cual adopta como su esencia la investigación científica, la libertad académica (de enseñar y aprender) y el Doctorado en Filosofía, como su expresión más alta. Por su parte, a fines del siglo XIX en Estados Unidos se constituye la universidad pragmática al montar el Doctorado germano, sobre los "colleges" de estilo inglés, se masifica la educación superior, se vincula la educación con las demandas del sector empresarial y se administra la universidad con criterios de eficacia y eficiencia. Y en el primer cuarto de este siglo en la Unión Soviética se da un vuelco a la universidad concibiéndola como una institución no solamente educativa sino con responsabilidades en las tareas de producción y búsqueda de soluciones a problemas concretos de la sociedad. Mas tarde, el movimiento estudiantil de Córdoba, en 1918, y medio siglo después el de París, centran su preocupación en la función política que debe asumir la educación en sus niveles más altos.

Conviene observar que la evolución de la universidad no ha sido un proceso continuo y tranquilo, sino más bien irregular, lento y a veces violento. Ella representó, en sus inicios, la lucha de los sectores progresistas contra el monopolio docente de la Iglesia y del Estado, y hoy se enfrenta a nuevos retos: un mundo cambiante, la asunción de algunas de sus funciones por otras organizaciones y a la posibilidad de que sea progresivamente reducida a una más entre las muchas instituciones que constituyen los sistemas nacionales de educación superior.

3. LOS MODELOS O PARADIGMAS DE UNIVERSIDAD

La universidad ha ido, pues, cambiando constantemente. De escuela de cultura general y entrenadora en unas pocas profesiones (medicina, derecho y teología) a institución cada vez más diversificada; de escuela dedicada a la enseñanza del saber establecido, a institución crítica, rectora de la cultura, con la investigación científica como su función esencial. Una observación cuidadosa de este proceso permite identificar los cinco principales paradigmas o modelos de universidad que hasta el presente han existido: la docente, la científica, la pragmática, la productiva y la crítica. ¿Cuáles son las características de estos modelos?

1º La UNIVERSIDAD DOCENTE o clásica es la universidad característica del Medioevo (centrada en la cultura general), que combinada con la francesa o napoleónica de carácter profesionalizante, es propia de sociedades poco avanzadas y es defendida por personajes como el Cardenal Newman (1947), en Inglaterra, o Kourganoff (1972), en Francia y Hutchins (1969) en Estados Unidos. Según ellos la Universidad es un centro de enseñanza y de preservación del saber para servir a una élite y al Estado, y la investigación científica debe ser función de organismos específicamente creados para ella. Por eso Newman decía: "si el fin de la universidad es la investigación... ¿para qué, entonces, necesita estudiantes?".

2° La UNIVERSIDAD CIENTÍFICA es la nacida en Alemania a comienzos del siglo XIX, con protagonistas como Humboldt, Jaspers (1959), Flexner (1930) y Ortega y Gasset (1930), la cual adopta la investigación científica individual, apoyada en la docencia avanzada o de postgrado, como su función esencial. De esta idea nace el famoso Doctorado en Filosofía, o Ph. D., y la política de realizar los estudios profesionales fuera de la universidad, preferentemente en escuelas o institutos especializados. Es la universidad individualista y no socialmente comprometida que adopta como misión la búsqueda desinteresada del saber mediante libertad académica (de enseñar y aprender).

3° La UNIVERSIDAD PRAGMATICA, o Multiversidad es la desarrollada en Norteamérica y defendida por Kerr (1995), y Whitehead, la cual concibe esta institución como instrumento de progreso social mediante el cumplimiento de tres funciones complementarias: investigación científica, docencia y servicio a la comunidad o extensión. Se trata de la universidad hoy dominante, que trabaja en función de la economía, eficaz y eficiente, en alta proporción autofinanciada y organizada por departamentos, semestres y unidades crédito.

4° La UNIVERSIDAD PRODUCTIVA o socialista (representada hoy cerca de nosotros, con particularidades, por la experiencia cubana) es aquella en la cual, con base en los principios de pertinencia social, educación para la vida y vinculación educación-trabajo, se concibe la universidad como factor de producción y, en consecuencia profesores y estudiantes participan conjuntamente en actividades de aprendizaje, investigación y producción social, por lo cual es normal, por ejemplo, encontrar profesores universitarios que son al mismo tiempo directores de centros científicos y gerentes de empresas productoras de bienes o servicios.

5° La UNIVERSIDAD CRITICA (latinoamericana, originada en el Movimiento de Córdoba de 1918), considera que su misión es servir al pueblo, siendo modelo de comunidad democrática, conciencia crítica de la sociedad y activista de los movimientos políticos transformadores. En este sentido, la docencia y la investigación científica que allí se realicen sólo tienen sentido si forman parte de un proyecto político. Lamentablemente, este movimiento de origen estudiantil, como el de París cincuenta años después, tuvo pocos efectos en cuanto a la modificación de la estructura académica y organizativa de esta casa de estudios pero ha tenido influencia en el fortalecimiento del espíritu cuestionador de la universidad.

En la práctica ninguno de estos modelos existe en estado puro pero evidentemente el paradigma dominante hoy, el que se trata de imponer a toda costa, es el pragmático, o norteamericano. Creemos, sin embargo, que identificar los distintos modelos presentados aporta elementos que pueden ayudar a una definición de la universidad futura. Pero, desde luego, los factores determinantes para un rediseño universitario están dados no solamente por la historia, que hemos presentado esquemáticamente sino, además, por un análisis de la situación actual y de las tendencias dominantes en el mundo, lo cual conviene realizar a profundidad pero que en esta ocasión haremos de manera muy sintética. Veamos.

4. LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA Y LA PANORAMICA MUNDIAL

¿Cuál es la situación actual de la universidad latinoamericana y, por analogía, de todo el Tercer Mundo?

Comencemos por ratificar que, como muestra la historia, no existe un concepto único de Universidad ni de su misión, puesto que ambas dependen del entorno socio-histórico en el cual ella se desenvuelve. De aquí que cada paradigma universitario implique una definición distinta, la cual es idealizada muchas veces por expresiones como las de que ella es: “el alma mater”, “el lugar donde el ejercicio de la razón se puede llevar a cabo sin restricciones”; “la conciencia crítica de la sociedad”; “la institución rectora de la ciencia y la cultura”; o “el único lugar del mundo donde se puede pensar con libertad”.

Un diagnóstico de la universidad latinoamericana, permite afirmar, como lo asientan numerosos estudios y juicios (Atcon, 1971; Steger, 1974; Brunner, 1990; García Guadilla, 1996; Tunermann, 1996), que, en general, ella es una mezcla de distintos paradigmas; que ella ha contribuido a democratizar la educación y el poder en nuestra región, pero es muy rígida y conservadora. Una institución esencialmente docente y burocrática que funciona como una federación de facultades o escuelas autónomas y ajena a las demandas del sector económico y científico. Una institución con programas de estudio tubulares y una pedagogía muy tradicional que es incapaz de atender las necesidades educacionales de toda la juventud y que hace más énfasis en el conocer que en comprender y muy poco por la formación ética de sus integrantes. Una institución con autonomía relativa y grandes deficiencias presupuestarias, desdeñosa de la importancia de la función de extensión y educación continua y que, a un costo social muy alto, solo sirve a los sectores económicamente más pudientes. En síntesis, una institución cuya eficiencia (en términos de acceso por de toda la juventud, del volumen de egresados, de la producción científica y del impacto social de su actividad) es generalmente pobre. Hechos que pueden explicarse o justificarse, pero que no por ello pueden ignorarse. Como consecuencia de todo esto, la mayoría de los gobiernos han ido tomando medidas en el sentido de: reducirle el financiamiento estatal; crear instituciones paralelas y permitir la expansión de la educación superior privada. Todo lo cual ha llevado a la constitución y fortalecimiento de sistemas de educación superior, en los cuales la universidad es uno más en un conjunto heterogéneo, a veces disperso, de organismos encargados de la educación en su expresión más alta.

A lo anterior hay que añadir, como es evidente, que el conjunto de grandes acontecimientos que hoy conforman el escenario mundial (revolución científico-tecnológica, globalización e internacionalización de la economía de mercado), está afectando y afectará cada vez más el desarrollo de la educación superior. En efecto:

En primer lugar: la revolución científico-tecnológica del siglo XX, con el impetuoso crear de máquinas y procesos que en general han mejorado la vida humana --revolución centrada en la ciencia positiva, el racionalismo instrumental y las ciencias y tecnologías duras--, ha ido no solamente dividiendo y subdividiendo disciplinas, profesiones y el saber sino que ha provocado el desarrollo impetuoso de la informática y las telecomunicaciones, fenómeno cuyas consecuencias son impredecibles al estar dando origen a una emergente sociedad del conocimiento (y no a una sociedad solidaria, humanista o más justa, como sería deseable), en la cual la información y el saber --que antes eran monopolio de las universidades-- ahora crecen y obsolescen a ritmo exponencial y se constituyen en mercancía valiosa y en fuerza productiva, pero sobre todo, en instrumentos de poder, dominación e inequidad. A lo cual hay que agregar que los efectos perversos de esta revolución, que se sintetizan en la creciente degradación del ambiente y la posibilidad de desaparición de la vida humana, exige con urgencia de búsqueda de soluciones racionales y viables por parte no solamente de los políticos y empresarios sino, sobre todo, de los intelectuales y muy especialmente de los universitarios.

En segundo lugar: el proceso de globalización económica, política y cultural que vive el mundo-- que debiera ser beneficioso para toda la humanidad, pero que hoy sólo sirve a las grandes potencias industriales y al capital transnacional-- y la unipolaridad política --que esclaviza cada vez más a las naciones pobres--, con su complemento en la aparición de fuertes bloques regionales, está llevando al crecimiento inusitado de las desigualdades sociales, no solamente entre naciones sino también dentro de cada una de ellas, todo lo cual obligará a las universidades a asumir posiciones cada vez más radicales en la promoción de mayor justicia social y a trabajar sin descanso por la unidad regional, latinoamericana y caribeña, lo cual es posiblemente la estrategia mas eficaz para lograr mayor equilibrio en las relaciones internacionales.

En tercer lugar: la mundialización de la economía de mercado y el fortalecimiento de la ideología neoliberal --mediante los cuales los sectores económicos poderosos se empeñan en reducir el papel regulador del Estado y el de rector de la cultura asumido tradicionalmente por las universidades-- está

siendo acompañado por un proceso al parecer irreversible de subestimación de los valores humanísticos --solidaridad, honestidad, trabajo, justicia y paz-- y su sustitución por antivalores como el consumismo, la vida fácil y el pragmatismo. Todo lo cual tiene como consecuencias evidentes: el crecimiento de la delincuencia, la marginalidad, la violencia y la corrupción, elementos todos sobre los cuales la educación, en todos sus niveles, tiene una responsabilidad indiscutible.

Por último, conviene destacar que, como ha dicho Mayz Vallenilla (1967), la creciente tecnificación de la vida social está llevando al ser humano hacia su desaparición como homo sapiens y a su transformación en tecnita, es decir, a convertirse en un ser completamente enajenado: dominado por el poder extraño de la técnica, separado de la naturaleza, viviendo en espacios, a veces virtuales, cada vez menos libre, más aislado, más insensible, infeliz y egoísta.

¿Qué puede hacer nuestra más alta casa de estudios para combatir los efectos perversos de la técnica, la ciencia, la globalización, la economía de la inequidad y la progresiva deshumanización del ser humano? ¿Qué puede hacer esta institución contradictoria para mejorar la vida humana?

Lo cierto es que todo lo anterior --coronado con la debacle del socialismo real-- conforma un panorama que obliga a todos los intelectuales, sobre todo a los universitarios, a revisar utopías o construir otras nuevas. El panorama mundial existente es tan poco halagador que ha obligado a la Organización de las Naciones Unidas --organismo que también requiere de reformas profundas-- a acoger la idea de trabajar por un futuro social cada vez más racional y justo bajo el concepto de desarrollo humano sustentable y a la UNESCO a plantear como meta la sociedad educadora y la educación permanente o continua.

Como consecuencia de todo lo anterior no nos queda más que decir que si la universidad quiere sobrevivir --para lo cual debe servir más y mejor a la sociedad-- ella está obligada a realizar cambios profundos, haciendo innovaciones y consolidando las muchas experiencias valiosas que ya existen. Debe mantener su cualidad de reservorio y transmisor de saberes, pero debe ser también centro creador de cultura. Empresa que forme profesionales altamente especializados, pero que también sean versátiles y cultos. Una institución que no solamente actúe sobre un espacio geográfico definido sino que asuma la modernización tecnológica, se incorpora al cyberespacio y al mundo, y se convierte en un sistema y ambiente intelectual sin calendario ni fronteras, más abierto a todos quienes estén interesados en su desarrollo personal o profesional en sus niveles más elevados. Ella debe asumir con audacia responsabilidades no solamente en la educación formal, sistemática y extensa sino también en la educación avanzada continua y permanente de graduados y no graduados. Debe adoptar la gestión eficiente, la autoevaluación institucional, el estímulo a la creatividad, la eficiencia y la rendición de cuentas a la comunidad como hecho normal y rutinario; competir o cooperar con otras instituciones similares de su país y del exterior para mejorar su calidad y pertinencia; utilizar en su trabajo tecnologías avanzadas en combinación con técnicas tradicionales de probado valor; promover la circulación de ideas y el pluralismo metodológico; adoptar una mayor flexibilidad organizativa, introducir elementos interdisciplinarios y transdisciplinarios en sus planes de estudio, y abrirse cada vez más a toda la comunidad, es decir, al gobierno, las empresas y la sociedad política y civil. Son muchas las tareas y no tengo respuestas concretas sobre la estrategia para lograrlas, pero no hay otra alternativa que buscarlas en forma colectiva.

5. LA PROPUESTA

Como consecuencia de todo lo anterior, propongo, y argumento a continuación, reformular y ampliar la misión del modelo dominante de universidad actual, cuya esencia se sintetiza en cumplir las tres funciones ya tradicionales de: docencia, investigación y extensión. Se trata de una propuesta sin pretensiones de originalidad, por cuanto es simple síntesis de ideas y experiencias exitosas en diferentes partes del mundo. Pero estamos conscientes de que, como ha dicho Cadenas (1996): “Ante los apocalípticos y los conformistas es necesario levantar una visión distinta y una esperanza de superación”.

Concretamente, proponemos como una primera aproximación, que, en lugar de las tradicionales funciones de: docencia, investigación y extensión, la nueva misión de la universidad se exprese mediante tres programas o funciones igualmente importantes, esto es:

- 1º Educación superior (profesional, de postgrado y continua);
- 2º Producción intelectual (científica, técnica y humanística); y,
- 3º Interacción, o acción, social (extensión, cooperación y comunicación).

Argumentamos ahora la propuesta.

5.1 La función de educación superior de la universidad

Es cierto: la universidad hoy predominante, sobre todo en los países atrasados, es, digámoslo de una vez, una universidad docente y de pregrado, es decir, dedicada fundamentalmente a entrenar jóvenes o adultos para obtener un grado o título profesional que certifique su capacidad para el manejo de las técnicas básicas de un oficio más o menos complejo. Pregunto: ¿Puede un país atrasado, en una sociedad altamente compleja, mundializada y tecnificada, pretender superar su situación con profesionales de este nivel? ¿Podrá un país, con recursos humanos así preparados, competir económicamente a nivel internacional? ¿Podrá negociar hábilmente con los expertos de las grandes empresas transnacionales o de los organismos financieros mundiales y estar representada dignamente en el exterior? ¿Podrá realmente desarrollar la industria, la agricultura, la ciencia o la tecnología que más conviene a su pueblo? ¿Está capacitado un técnico o profesional básico para entender lo que hay detrás de cada convenio que firma y de cada método o equipo que compra o utiliza? Desde luego que no, aunque se den casos excepcionales por razones genéticas. De allí la necesidad de replantear esta función universitaria. La universidad nuestra debe dar cada vez mayor peso a la educación avanzada o de postgrado porque es la única manera de aportar al país los líderes, los especialistas, los creadores de ciencia y técnica, los pensadores, los teóricos y críticos, los que puedan visualizar el futuro, competir en el ámbito internacional, y crear (o copiar o comprar) la ciencia y la tecnología pertinentes a nuestro desarrollo. Y decimos que esta primera función de la universidad debe calificarse como de educación (y no simplemente de docencia) porque creemos que la formación universitaria no se debe reducir a la simple enseñanza o entrenamiento profesional sino que debe incluir componentes de formación general, crítica, ética, física y estética necesarios para una formación integral del ser humano, sobre todo del trabajador intelectual, objeto de la universidad.

Y sugerimos, además, que se hable de educación avanzada –que comprende el postgrado y la educación avanzada continua (Morles y Otros, 1997)--, y no únicamente de formación profesional, para referirnos no solamente a la necesidad de dar en la universidad cada vez mayor peso a la educación de postgrado --e ir dejando la profesionalización básica tradicional a otras instituciones--, sino también para expresar que la responsabilidad social de la universidad contemporánea y futura no puede llegar simplemente, como hasta ahora, al otorgamiento de títulos profesionales, sino que debe adoptar como de su competencia la función de educación continua o permanente, no solamente de sus graduados sino de todos los adultos interesados e intelectualmente capaces a los cuales ella tenga acceso. En otras palabras, es necesario convertir la universidad realmente en la casa de los estudios avanzados.

5.2 La función de producción intelectual

La segunda función propuesta se refiere al hecho de que la adopción generalizada que se hace de la investigación científica como función esencial de la universidad --un hecho que fue realmente progresista y hasta revolucionario en el siglo XIX--, es hoy, realmente, una visión estrecha de la universidad, de la ciencia y de las potencialidades creadoras del hombre. Hoy se mitifica la investigación científica al concebirla, erróneamente, como el medio único o más valioso de lograr saberes nuevos, cuando lo cierto

es que esta actividad --como el proceso racional y objetivo de descubrir conocimiento-- es solamente una de las formas, no necesariamente la más importante, de lograr saberes nuevos o hacer ciencia. Estamos convencidos de que en estos momentos y en nuestro medio, más que investigación científica de fronteras -en cuya práctica estamos muy lejos de poder competir con los países desarrollados-- hay urgencia de producir ciencia mediante la crítica científica y la teorización, es decir, cuestionando racionalmente la realidad y creando explicaciones coherentes, soluciones viables y deseables, sobre los grandes problemas de nuestros pueblos. Porque, más que de simple información y de análisis puntuales --pero también de ellos-- estamos necesitados de teorías maduras y reflexiones audaces sobre nuestros ingentes problemas y sobre la posibilidad de resolverlos.

Por otra parte, conviene precisar algo más sobre esa importante creación humana que es la ciencia, es decir, sobre el sistema de creencias y saberes más confiable hoy, pero acerca del cual no hay seguridad de que también lo será en el futuro. Lo cierto es que vivimos una época de mitificación de la ciencia como antes se hizo con la religión o la magia. Se olvida con esta actitud que hay otras maneras de ver el mundo y otras necesidades y procesos intelectuales que también son necesarios y relevantes para humanidad. Me refiero en primer lugar a la técnica o tecnología y me refiero a todo ese conjunto diverso o disperso que son las humanidades (arte, ética, filosofía y educación), las cuales en la universidad actual no son valoradas por sí mismas sino en cuanto pueden ser objeto de enfoques o estudios científicos. Lo cierto es que estas obras humanas satisfacen necesidades vitales para el hombre: la técnica creando soluciones (objetos y procesos) a problemas concretos de la sociedad, y las humanidades satisfaciendo necesidades espirituales (autorrealización, placeres éticos y estéticos, sensibilidad social) que pueden calificarse como de superiores a las básicas de alimentación, vestido, vivienda o transporte, las cuales son satisfechas por el sistema económico o de producción material. Porque el hombre precisa de la verdad de la ciencia, pero también de la utilidad de la técnica, de la belleza del arte y de la bondad producto de la ética. Consideramos que estas áreas, en su contenido creador, deben ser también objetivo y función importante de la educación superior, sobre todo de la universidad, pero no solamente como objetos de estudio sino como valiosos en sí mismos. La ciencia por el valor de sus productos intelectuales (investigaciones, teorías, ciencia consolidada y críticas científica); el arte como arte, por la belleza o calidad de sus obras (literarias, musicales, plásticas, cinéticas o de otro tipo), y la técnica por los problemas que resuelve con sus inventos, diseños, planes, proyectos e instrumentos que crea (Morles, 1988). Por eso es justo y lógico que en nuestras universidades se produzcan, por ejemplo, Doctorados en Arte y Doctorados en Tecnología además de los ya consolidados Doctorados en Ciencias. Y así mismo es preciso que con respecto a los trabajos de grado se supere la idea dinosaurica de que todos ellos deben de ser o incluir procesos de investigación científica y dar cabida no solamente a diversos enfoques metodológicos sino también a otros tipos de obras intelectualmente valiosas (teorías, diseños tecnológicos, obras artísticas, invenciones y ensayos, evaluaciones y proyectos). Y que, al final, se califique la obra realizada básicamente por su pertinencia o utilidad social y por su autenticidad u originalidad.

Lo anterior explica nuestra propuesta de que la primera función de la universidad sea la formación de trabajadores intelectuales cuya primera lealtad sea para con su país y su pueblo, y que la segunda sea la creación de cultura, concebida ésta como producción intelectual: científica, técnica y humanística. Tarea que es cada vez más relevante porque, como hemos sostenido en otra oportunidad, el sistema de producción intelectual --cuyo centro natural es la universidad, y a diferencia del sistema de producción material (o economía)-- se va constituyendo cada vez más en el factor determinante del desarrollo del hombre y de la sociedad.

5.2 La función de interacción social

Sobre la tercera función universitaria, confieso que por ser ella un tanto ajena a mi experiencia, me siento poco seguro en lo que pueda proponer. Pero intuyo que la función llamada hasta ahora extensión --que en nuestro medio no pasa de ser una actividad de segundo orden-- es también esencial para la universidad,

porque ella tiene que ver con garantizar la comunicación de la institución con su entorno, lo cual es vital para la supervivencia y el cumplimiento de las demás funciones universitarias. Intuyo también que hasta ahora esa función –la cual sugiero sustituirla por una más amplia que tentativamente llamo interacción social--, ha sido marginada porque rara vez ella les producto de una política universitaria y generalmente se reduce a la presentación o promoción de eventos artísticos, conferencias y cursos cortos para todo público o a la participación en algunas actividades sociales. Pero la interacción social tiene que ser mucho más que eso aunque no sé cuanto más. Pero ella debe implicar todo ese mundo de coordinar la cooperación (nacional e internacional), las alianzas estratégicas con otros sectores de la comunidad (empresas, asociaciones civiles, gobierno, partidos políticos y colegios profesionales), la asesoría y servicio a la comunidad y el mantenimiento de la universidad en actividad permanente. Es el programa que, en cooperación con las demás unidades de la institución, comunica a los universitarios entre sí y con la sociedad en su conjunto. Es la defensora de la imagen de la universidad. Es el programa mediante el cual la casa superior de estudios está siempre presente ante su comunidad, ayudándole a comprender las transformaciones que ocurren en el mundo y los problemas nacionales y sus mejores soluciones, el que la convierte en verdadera rectora de la cultura científica, tecnológica y humanística. Es un programa complejo, responsable de que la universidad se convierta realmente en modelo de sociedad democrática y educadora porque todos sus integrantes (profesores, estudiantes y empleados) participan permanentemente en tareas de aprender y enseñar, de crear y producir en cooperación con los demás sectores de la sociedad. Por eso proponemos, que a falta de una mejor expresión, denominemos interacción social a esta función.

En conclusión, creo que hay que transformar la Universidad. aunque sea poco a poco, aunque sea en el papel. Creo que con los recursos y la variada experiencia aislada que tenemos podemos convertirla realmente en una institución de educación avanzada y con visión de futuro; una institución que enseñe conocimientos, habilidades y destrezas profesionales, pero que también educe para que esos profesionales sean cada vez más racionales, críticos y creativos pero también mejores ciudadanos; que produzca investigación científica pero que también cuestione, teorice y proponga soluciones a problemas reales y concretos. Que haga ciencia, pero también asuma como propio el liderazgo en la creación de tecnología o en la proposición de alternativas a la tecnología dominante; que produzca y valore las humanidades (arte, ética, filosofía y educación) por sus aportes para hacer la vida cada vez más digna. En síntesis, una institución que sea centro obligado de referencia en cuanto a producción intelectual, con gran capacidad de aprendizaje y modelo de sociedad democrática, pluralista, innovadora y eficiente. Una Universidad Social, promotora del desarrollo máximo de los poderes intelectuales del hombre y más integrada a su entorno político, económico y social. Porque lo cierto es que cada vez es más importante la educación, como la ciencia, la técnica y el arte, para el mejoramiento del ser humano y de la sociedad.

6. BIBLIOGRAFIA

- ALBORNOZ, ORLANDO (1993): La ética del saber.- Caracas: Monte Avila.
ATCON, RUDOLPH (1971): La universidad latinoamericana.- Caracas: Ediciones del Congreso de la República.
BANCO MUNDIAL (1994): La enseñanza superior.- Washington: Banco Mundial.
BAYEN, MAURICE (1978): Histoire des universités.- Paris: Presses universitaires.
BERSTCHER, D. Et. al. (1974): A university of the future.- The Hague: Martinus Nijhoff.
BOK, DEREK (1986): Higher learning.- Cambridge: Harvard University Press.
BORRERO, ALFONSO (1993): The university as an institution today.- Paris: IDRC-Unesco.
BRUNNER, J. J.(1994): Educación superior en América Latina: una agenda para el año 2000.-Santiago de Chile: Flacso.
CADENAS; J. M. (1996): La universidad entre el apocalipsis y la esperanza.- Caracas: Editorial Tropykos.

CRESPO, MANUEL (1997): Las transformaciones de la universidad de cara al siglo XXI. En: CRESALC-UNESCO: La educación superior en el siglo XXI. - Caracas: Cresalc-Unesco, dos volúmenes; pp131-147.

DELORS, JACQUES et. al. (1996): Learning: the treasure within.- Paris: Unesco Publishing.

FLEXNER, ABRAHAM (1930): Universities: american, english, german.- New York: Oxford University Press.

GARCIA GUADILLA, C. (1996): Situación y principales dinámicas de transformación de la educación superior en América Latina.- Caracas: Cresalc-Unesco.

HUTCHINS, R. H. (1969): La universidad de utopía.- Buenos Aires: Eudeba.

JASPERS, K.(1959): The idea of the university.-Boston: Beacon Press.

KERR, C. (1995): The uses of the university.-Boston: Beacon Press.

KOURGANOFF, V. (1972): La cara oculta de la universidad.- Buenos Aires: Edit. Siglo XX.

NEWMAN, J.H.(1947): The idea of a university.- New York: Longmans, Green and Co..

MAYZ VALLENILLA, E.(1967): De la universidad y su teoría.- Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Derecho.

MORLES, V. (1988): Educación, poder y futuro.- Caracas: Ediciones Facultad de Humanidades y Educación, UCV.

MORLES, V. (1991): La educación de postgrado en el mundo.- Caracas: Ediciones Facultad de Humanidades y Educación, UCV. Segunda edición.

ORTEGA Y GASSET, J. (1930): La misión de la universidad. -Madrid: Editorial Revista de Occidente.

RASHDALL, H.(1936): The universities of Europe in the middle ages.- Oxford University Press.

RIBEIRO, DARCY (1971): La universidad latinoamericana.- Santiago: Editorial Universitaria.

TUNNNERMANM, CARLOS (1995): La educación superior en el umbral del siglo XXI.- Caracas: Cresalc-Unesco.

UNESCO (1997): Documento de política para el cambio y el desarrollo en la educación superior.- Paris.

YARZABAL, LUIS (editor; 1997). Hacia una nueva educación superior.- Caracas: Cresalc-Unesco.

Vm/mision987

*Publicado en la Revista de Pedagogía, Caracas, número especial, 1999